postismo supuso una brisa refrescante en el ambiente anquilosado de la cultura oficial. El postismo pudo así haber cumplido una misión renovadora que se truncó, en parte, a causa de la inercia de una sociedad que acababa de sufrir una trágica conflagración civil y, en parte, a las propias limitaciones con que surgió el movimiento. El postismo, no obstante, penetró y contribuyó al desarrollo de obras que hoy están ofreciendo una aportación significativa a la cultura española.—*JOSE MANUEL POLO* de BERNABE (111 Bruton Drive. CHAPEL HILL. N.C. 27514. USA).

EL PRIMER POETA DEL RIO DE LA PLATA

A trescientos años de su muerte

Según lo declara la historia de la literatura argentina, José Luis de Tejeda (nacido en Córdoba en 1604 y muerto en esta misma ciudad en 1680, es decir, hace trescientos años) es el primer poeta del Río de la Plata. Tal hecho constituye el asombro de los historiadores que han visto como un fenómeno de su época a este espíritu ilustre, que entronca con las mejores tradiciones poéticas españolas y que puede considerarse un Góngora de estas tierras.

Efectivamente, entre los conquistadores españoles que venían por el Norte y que fundaron la ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía en julio de 1573, se encontraba Hernán Mejía Miraval, bisabuelo de Luis de Tejeda, porque de la unión de aquél con una india nació una niña, que, casada más tarde con Tristán de Tejeda, sería la futura abuela del poeta.

Hay que tener en cuenta que la ciudad cuna del autor de *El peregrino en Babilonia* sólo tiene treinta y un años de existencia cuando el poeta nace y que era entonces lo que consideraríamos ahora sólo un villorrio. Y aunque a pesar de que en 1613 se funde la que es actualmente Universidad Nacional de Córdoba, no puede dejarse de suponer lo limitado que debía ser aquel medio para que allí se desarrollara un talento semejante, que no encuentra paralelo en toda esta parte sur del continente.

Y antes de ver su obra misma es de interés referirnos a su autor, dado que ambas están profundamente relacionadas y conforman, de los dos modos, un verdadero fenómeno para su tiempo. De tal forma, tenemos datos biográficos, aspectos fundamentales de su existencia que,

ubicados en su época, nos permiten considerarlo mejor. Sobre todo este hecho que nos parece principal para estimar a un poeta: cómo éste se sitúa casi siempre por encima de las circunstancias históricas, constituyendo a veces una especie de astro que pasa desconocido para su época y al cual las generaciones futuras reconocerán en su verdadero valor y en su futuro, resultando así un precursor, el anticipo de un tiempo nuevo.

De tal manera veremos que es la vida ante todo la que torna cautivante esta personalidad tan robusta y tan novelesca, que en plena colonia asombra por su existencia desprejuiciada y anticonvencional. Tal vez la gente que conozca ahora su vida se interesará luego por conocer su obra; porque muchas veces se parte del hombre para ir después hacia el escritor, especialmente cuando se trata de un poeta. En un poeta atraen los contornos o perfiles de su existencia, y más cuando poseen algo de novelesco o de romántico, y estos caracteres están dados plenamente en Luis de Tejeda.

Nuestro poeta vivió la vida intensamente después de haber sido un niño y un adolescente que sobresalió por su condición de estudioso brillante y destacado en exceso. Vivió la vida sin contención alguna, y cuando, apremiado por las circunstancias, cambió de existencia y, encerrado en un convento, se sentó a escribir, contó entonces los sucesos que lo habían conducido a aquel trance. Y esos sucesos de su existencia eran amores de toda clase, violencias, libertinaje casi, afán de bienes materiales. Vida azarosa la de este bachiller en diversas disciplinas, más tarde hacendado, funcionario civil y militar y, por fin—en aquel convento donde se había refugiado—, fraile y poeta excepcional. A la medida de los grandes poetas del Siglo de Oro español, y tal vez, si bien se mira, un personaje renacentista.

Conocer la vida de Tejeda y a la par la obra, verso por verso, donde él nos refirió aquélla con sus mayores accidentes, es una tarea que debemos emprender más ampliamente todavía para estimarlo como es debido, en toda su verdad histórica, por cuanto fue el primer poeta de nuestra provincia y el primer poeta del país y sobresalientemente un gran poeta, puesto que fue un caso único en su tiempo, verdaderamente aislado de éste. Y presumimos que ello estuvo determinado por dos hechos: su cultura y su formación clásicas y su vida romántica. En mil seiscientos y tantos Tejeda era un verdadero romántico que años después escribiría como un clásico, pudiendo decir esto sobre todo si recordamos aquella frase de Marcel Proust citada por Arnold Hauser en su tratado sobre la literatura y el arte: «Seules les romantiques savent lire les ouvrages classiques, parce qu'ils les lisent comme ils ont été écrites.» Es decir, que son precisamente los románticos los que saben

leer a los clásicos, porque con tal espíritu fueron escritas esas obras. Con sensibilidad y temperamento románticos—fuera de toda escuela y anticipándose a ella con esa *alma romántica* que trasciende los tiempos—, Tejeda vivió su vida, y con esa misma sensibilidad y ese mismo espíritu, aquietados al fin, inmortalizó los avatares de su existencia, que cuajaron en versos clásicos, porque su cultura era tal y porque ésos eran los moldes que le proporcionaba el Siglo de Oro español. Por otro lado, en esa obra en general autobiográfica, también hallaremos el paisaje que a él lo cautivó: matices o referencias de Saldán, de Soto y de otros lugares de la ciudad y de la provincia de Córdoba. Así, por primera vez, entra esta tierra en la poesía argentina y a este contorno inmediato, a esta ciudad suya, Luis de Tejeda las llama en sus versos su «patria».

Actualidad y modernidad de Tejeda

Quizá pueda verse a Luis José de Tejeda como un símbolo de la Córdoba tradicional y de la Córdoba moderna (de la Córdoba nueva, diríamos hoy). Tejeda encarnó lo tradicional en su carácter de docto en el más alto y genuino sentido: su cultura era tan rica que antes de los veinte años había obtenido el título de bachiller en letras, artes, filosofía, teología, etc. Enrique Martínez Paz nos ha dejado un Prólogo [1] que no tiene desperdicio por lo que resume acerca de la vida y la obra de este cordobés genial: «Su saber llegó a ser, como su ingenio, extraordinario. No sólo la retórica, el latín, las artes y la teología le fueron familiares, sino también toda especie de humanidades: el griego, el hebreo, la pintura, la arquitectura, la música, la medicina y hasta la astronomía. Leía, según se dice, los libros santos en los textos griegos, latinos y hebreos, y versificaba en diversos idiomas extranjeros con igual dominio que en el propio; fue, en fin, el tipo del perfecto humanista» (página 25).

Este saber que representa lo tradicional, unido al mayor prestigio que constituye lo universitario, estaba ligado a una sed de aventuras que le otorgaban otra significación a su vida. Por allí es donde se ve florecer *lo nuevo*, la modernidad, ésa que otorga el fervor encendido de la sangre y que lo lleva a tantas aventuras amorosas y empresas individualistas, tales, las primeras, que su padre le obliga a casarse en ese umbral de la juventud para frenar sus incontenibles impulsos eróticos.

[1] *Coronas líricas*, por Luis de Tejeda (edición de la Universidad Nacional de Córdoba, 1917, precedida de una noticia histórica y crítica de Enrique Martínez Paz).

¿Qué diré, Señor, diré
que aquella Semana Santa
no confesé tantas culpas
mas que cometí otras tantas?

escribirá en su vejez el poeta. Jorge M. Furt [2] anota: «Al estudiar su obra, su vida, ha de verse cómo instinto y designio coexistieron en él y obedecieron a su propia naturaleza.» Martínez Paz, en el citado prólogo, nos dice: «Los halagos que el mundo ofrece a un mancebo rico en medio de una sociedad que permitía la licencia hicieron presa del joven Tejeda, que se entregó con desenfreno a devaneos galantes» (pág. 27).

A la vez que dotado de un talento múltiple y brillante, Tejeda había recibido de la naturaleza un físico por demás agradable, y ese afortunado conjunto—en un temperamento tan apasionado como el suyo—lo predisponía para las conquistas amorosas. Esa extraordinaria síntesis de vida y de cultura lo configuran no sólo como un poeta digno de interés histórico, sino con una atracción actual. En ese aspecto, Tejeda es actual porque hizo una poesía que entonces representaba siglos de avanzada para la literatura del futuro país, colocando su actividad a la altura de los clásicos del Siglo de Oro español y, por otro lado, porque encarnó el desprejuicio y hasta la irreverencia contra lo más dogmático y lo más tradicional. Es decir: lo dogmático *versus* lo dogmático. Y sin duda que en él todo era anticipo de un tiempo distinto. Hasta el hecho de tener una abuela india lo confirma en este aspecto. Como dijimos, Hernán Mejía Miraval era un conquistador que había venido a estas tierras acompañando a Jerónimo Luis de Cabrera. De la unión de Mejía con una indígena nació una criatura, María, quien sería la futura mujer de Tristán de Tejeda, abuelo éste de Luis de Tejeda, nuestro preclaro poeta. Esta mezcla de sangres lo convierte a Tejeda en un personaje americano y a la vez universal.

Por eso dijimos antes: la tradición y lo nuevo. La tradición como base, como sustento de la vigorosa personalidad intelectual, y lo nuevo como búsqueda (que encarnaba toda esa aventura de la Conquista), como aventura y sed de placer, a los cuales Luis de Tejeda dedica la existencia. El orden y la aventura. El orden de los conocimientos serios y profundos y la aventura de buscar aquello que, fuera de los claustros y de los libros, corone sus deseos más vivos. La satisfacción total del individuo. Tal es lo que Martínez Paz vuelve a decirnos: «El poeta, sus amigos, las damas de la alta sociedad, vivían en un torbellino de livianidades y desenfrenos que los arrastraban hasta la profanación de los templos» (pág. 30). Luis de Tejeda, por su parte, escribe:

[2] *Libro de varios tratados y noticias*, por LUIS DE TEJEDA (Buenos Aires, 1947). Lección y notas de Jorge M. Furt.

Eran linces mis deseos,
los afectos eran armas,
escalas los pensamientos
y llaves las esperanzas.

Ricardo Rojas, que exhumó la obra poética de Tejeda y la publicó por primera vez (edición de Librería de la Facultad, Buenos Aires, 1916) con el título de *El peregrino en Babilonia,* marca a fuego a la época en su *Historia de la literatura argentina* (vol. III, pág. 312): «Sacrilegios continuos, adulterios, hechicerías, concubinatos, poligamias horrendas, todo eso entraba, si no en las costumbres, por lo menos en la vida privada de aquellos tiempos que imaginamos tan distintos de los actuales...» Lanzado en esa atmósfera de pecado, de hechicerías, entre el fácil amor de las esclavas y el múltiple amancebamiento de las tribus, más el clandestino amor de la ciudad, me explico que se inflamara la sensibilidad exuberante y nueva de nuestra época, y que sintiera vibrar no ya en el aire las flechas eróticas, sino en su sangre las fieras felinas de la lascivia, según nos dice él mismo, con gracia un tanto culterana: «Y aunque allí el ciego apetito, / entre convites y salvas / ociosas de amor, hacía / las flechas y las aljabas...»

Sus tres primeros comentadores aquí citados—Ricardo Rojas, Enrique Martínez Paz y Jorge M. Furt—destacan que Tejeda no se sometió de ninguna manera a convencionalismos ni prestigios sociales, que no redujo su vida a esos cánones a los cuales subordinó, por otro lado, la formación de su pensamiento y de su espíritu. Escribe Furt, refiriéndose primero al abuelo del poeta: «el hecho de haber tenido sus hijos en una india denota por lo menos un desprejuicio tempranamente insólito (...) A indios taimados y sensuales se mezclaron españoles codiciosos y violentos». «Con ambas condiciones salieron (los) criollos. (...) El contrapeso de Guzmán (apellido materno del poeta) a los Tejeda violentos domina sin duda» (págs. X, XI y XII). Y hablando de la esposa del autor de *El peregrino en Babilonia,* dice Furt (pág. XIII): «Doña Francisca de Vera y Aragón debió ser madre resignada de sus nueve hijos. (...) Junto al marido turbulento e inquieto se ha de haber resignado a su misión maternal.»

Un Góngora en la Córdoba argentina

Sabido es que Córdoba dio después de 1660 a lo que sería siglos más tarde nuestro país argentino una gloria cultural digna de la España clásica, un talento gongorino que admira hoy por su dominio del verbo poético y por la condensación de su canto, al cual se transfirieron

las azarosas circunstancias de una existencia que asombra por la fogosidad del impulso vital que la sostenía. He allí una síntesis que se destaca y se recobra por la vigencia que mantiene, por la actualidad que adquiere en cuanto puede verse al poeta de hoy y de siempre como una cultura viviente, como una cultura servida, estremecida por la pasión. No el intelectual puro, no esa casi monstruosidad del erudito que supedita su pensamiento a un yugo libresco, sino el intelectual humano que deja de ser intelectual para constituir más bien una unidad extraordinaria de cultura y de sangre viva, dándonos así el artista «ideal», ese tipo de escritor que entre los clásicos españoles encarnaron Lope de Vega, Quevedo y Cervantes y que las grandes figuras del Renacimiento italiano consideraron como una medida singular de existencia y de creación artística. Un poeta que hace más de tres siglos pudo escribir en la Córdoba colonial versos de una casi modernidad como éstos:

Hoy la América se goza
de ver trocada en estrella
luciente del cielo y bella
la que en sus campos fue rosa.

Curiosidades del destino: alrededor de 1600, en la Córdoba española, Luis de Góngora escribe sus poemas inmortales. Medio siglo después, en nuestra ciudad, Luis de Tejeda, con idéntico estilo, concibe los versos que constituirán más tarde la piedra fundamental del edificio lírico argentino. Pero en su vida, más que al gran Luis español, Tejeda pudo parecerse a Lope de Vega, a Quevedo o a Cervantes.

Se desprende de los tres prólogos referidos que Tejeda vivió al cabo como un auténtico poeta y que se entregó en plenitud al amor y a la aventura. Después fue funcionario y fue soldado. En esos avatares sufrió persecuciones, hasta que, bordeando ya los cincuenta y ocho años, se vio obligado a refugiarse en un convento para librarse de los rigores a que estaba expuesto. Martínez Paz refiere (pág. 34) que «perseguido por la autoridad real, librada contra él orden de prisión y de confiscación de sus bienes, se refugió en el convento de San Francisco. (...) Le fueron embargados sus bienes de sus haciendas de Saldán y Soto y procedieron a su venta en pública subasta». Allí vistió definitivamente los hábitos dominicanos. Allí encontró la tranquilidad y el reposo indispensables para evocar ilustremente en *El peregrino de Babilonia,* en versos clásicos, su vida erótica y aventurera, a la vez que se producía su conversión definitiva, porque allí también floreció su misticismo en las gongorinas páginas de las *Coronas líricas*—según el título que le dio Martínez Paz—. Como dijimos, una arquitectura poética digna de la España

del Siglo de Oro fue legada a la posteridad en aquellos textos a los cuales deberíamos hoy retornar para estimar debidamente.

Los adolescentes terribles

Esa juventud intensamente vivida, esa mocedad rica en emociones, «esa vida enamorada»—anota Furt—, a la cual nos hemos referido antes, no deja de recordarnos la adolescencia «turbulenta» del genial autor de las *Iluminaciones,* en lo cual uno cree ver algo como un anticipo, como una versión muy anterior y muy americana de la vida aventurera de Arthur Rimbaud, aunque desde luego haya considerables diferencias de orden estético y personal. Aquél—en 1872—quería cambiar la vida por medio del verbo poético y proponía el desarreglo de los sentidos como vía para alcanzar las videncias. Este, el poeta de Córdoba, en 1625, quería vivir la vida. Pero ambos, coincidentemente, se situaban por encima de los prejuicios de sus distintas épocas y lugares; ambos eran anticonvencionales, antidogmáticos, y desafiaban a su modo—parece que además Tejeda era diestro en el manejo de la espada—las ideas de las respectivas sociedades de su tiempo. Ricardo Rojas escribe: «La vida de don Luis de Tejeda se caracteriza por una intensidad psicológica, un movimiento dramático, una pasión mundana y mística, frecuente en los poetas peninsulares de su tiempo, pero que pasma encontrada en un poeta colonial del siglo XVII en la Argentina» (pág. 298). Por otro lado, Martínez Paz anota: «en él se resumen todas las clases sociales dirigentes de la sociedad. Gustó de los placeres y supo salvar con valor y arrogancia las más duras pruebas. Hermoso y noble, puso su ingenio al servicio de su pasión y pecó ardientemente, tanto, que sólo su encendido amor podría excusarle, y al fin, cuando en torno suyo todo comenzaba a marchitarse, como Lope, Calderón y Tirso, cambió su casaca de soldado por la humilde túnica de lego» (pág. 35). Furt nos dice: «No desatendió sus bienes, ni evitó sus escapadas de viejo andariego y callejero por la ciudad y los ancones; pero fue desprendiéndose poco a poco de sus cosas materiales y creciendo en espíritu» (pág. XIV).

También como Rimbaud, Tejeda estará en discordancia con su medio y anatematizará después a su ciudad natal, llamándola «Babilonia»: «La ciudad de Babilonia, / aquella confusa patria, / encanto de mi sentido, / laberinto de mi alma, / aquella que fue mi cuna.» O esa otra referencia, entre tantas, de carácter negativo: «Un caracol de murallas / es esta ciudad sin Dios...» «¡Ay Babilonia enemiga!», exclamará en una expresión que parece arrancada del fondo de su alma. «Babilonia significa para el poeta—anota Rojas—la ciudad de corrupción y abominación, según el concepto de las sagradas escrituras; pero asimismo, y

más concretamente, la ciudad en que su vida había encontrado las tristes concupiscencias que ahora lamentaba, y a las cuales renunciaría más tarde: el amor, la gloria, la riqueza...»

Ese espíritu de rebeldía que hubo siempre en Tejeda lo vincula también con la indómita condición del genial adolescente francés. Veamos estos versos de nuestro don Luis: «Troqué por el vicio el gusto / que a la virtud me inclinaba / dando ganancia tan propia / por perdición tan extraña.» O aquellos otros: «... ¡Cuán desbocadamente, cuán sin freno 1 deseaba ver en mísera pobreza al rico, / fuese malo o fuese bueno! » Y de este modo tenemos que si uno concluye acá, en estas tierras cordobesas, vistiendo el traje eclesiástico y escribiendo poemas místicos; el otro—que contradictoriamente ha sido visto como un «místico en estado salvaje» o como un adolescente luzbeliano—termina en el Africa como buscador de oro—no ya del oro de las palabras que había perseguido en la alquimia verbal—, sino del vil metal que muchas veces enloquece a los hombres.

Un fenómeno literario de su época

Como aquellos que hemos citado, encontraremos en Luis de Tejeda muchos versos precisos y todavía frescos que dan vigencia a su canto en numerosos tramos e incluso, como advertimos ya, vinculándolos con su paisaje: «Para cantarlas me siento / sobre la arenosa falda / de este humilde y pobre río / que murmura a sus espaldas.» «Y así de un verde sauce / a la sombra siempre infausta / me senté a llorar despacio / sin saber por qué lloraba.»

Esta transparencia del sentimiento, puesta de manifiesto tantas veces, y esta diafanidad clásica de la expresión obligan recordar su famoso soneto a «Santa Rosa de Lima», cuya primera estrofa dice: «Nace en provincia, verde y espinosa, / tierno cogollo apenas engendrado / entre las Rosas soles ya del prado, / crepúsculo de olor, mayo de Rosa.»

No escapa a nadie que la armonía y la gracia y a veces el barroquismo de sus versos son legítimamente gongorinos, de tal modo que la singularidad de semejante voz lírica en aquel tiempo ha planteado algunas conjeturas. ¿Esta destreza y esta noble forma de adjetivar de que hace gala Luis de Tejeda eran extrañas a su época en estas latitudes del hemisferio? ¿Pudo darse un hombre y un escritor tan formado en aquellos años si no había acá un ambiente intelectual propicio? Desde luego que el autor de *Coronas líricas* debió estar por encima de muchos hombres de letras contemporáneos suyos, ¿pero qué otras figuras literarias de importancia florecieron en aquel tiempo y favorecieron el desarrollo y

la madurez de su talento en estas largas tierras que constituirían después el territorio argentino? Es claro que un caso similarmente genial pudo darse en el Lugones de *Las montañas del oro,* aunque ya éstas eran otras épocas y los vientos del universo corrían con mayor rapidez que entonces. Es decir, que podría verse a Tejeda—al igual que el autor del *Lunario sentimental*—como un verdadero fenómeno poético de su tiempo, para explicar el caso de algún modo. Con gran asombro, Martínez Paz exclama: «¡Humanistas en Córdoba a mediados del siglo XVII, cuando no los había ni en España!» Y Ricardo Rojas anota: «Un poeta nacido por azar en este medio embrionario debía pertenecer más a la raza de sus progenitores que a la tierra de su cuna occidental. Luis de Tejeda es más bien un castellano del siglo XVII por su temperamento, su idioma, su sensibilidad, sus ideas» (pág. 332).

Así nos preguntamos: ¿es que tanto la vida como la obra del autor de *El peregrino en Babilonia* fueron hechos realmente anómalos en nuestras tierras, que en todo sentido se colocaban por encima de su época para anticipar otro tiempo, vital y estéticamente hablando? ¿Y de ese modo, vida y obra pueden aparecer cargados de modernidad? Quizá en nuestra poesía Tejeda con su expresión autobiográfica anticipa una época nueva, le otorga cierto dramatismo en el relato de las situaciones personales, poseen éstas algo de ese *pathos* que será, casi dos siglos después, el elemento más característico del romanticismo. Si en su vida se advierte el despertar de una conciencia distinta a su medio, en su obra se constata esa forma genial de adelantarse a su tiempo tanto que no se le conocen equivalentes ni mucho menos, ni en la poesía de su época ni en la literatura inmediata posterior, a la vez que quizá echa las bases para un pensamiento argentino.

Sin duda que muchos de sus versos siguen resonando en nosotros y dejándonos un sabor de poesía genuina, de *poesía vivida* no sólo cultural, sino existencialmente, como estas estrofas autobiográficas, ya que casi toda ella fue un repaso, un examen de conciencia, de su vivir anterior: «Dos hermanos míos a un tiempo / con mi mal ejemplo andaban / solicitando favores / de la engañosa Casandra.» // «Cortés ella y cautelosa / tan mañosa se los daba / que cada cual entendía / que era el dueño de su alma.» // «Porque sólo pretendía / empeñar prenda tan cara / al que primero le diese / de ser su esposa palabra.» // «Mi padre con las noticias / de tan rigurosa llama / incendio de sus tres hijos / y asolación de su casa, /// dispuso que me fuese / a pretensiones más arduas, / que me inclinaba a la Iglesia, / a la gran corte de España.»

Por otro lado, recordemos aquellos versos nacidos de una confesión dramática, reveladores de una apasionada intimidad: «Se cebaba mi lo-

cura / en los trajes, en las galas / y en el donaire lascivo / de las hermosuras vanas.»

En discintos pasajes habrá de referirnos tanto su relación con Lucinda como antes con Anarda y aquella abrupta como obligada despedida: «Levantéme como pude / dije: Anarda, por tu fama / me llevo el cuerpo conmigo / y dejo contigo el alma.»

Ciertamente que Luis de Tejeda—con el atractivo de su vida («una vida aventurera—anota Rojas—, con episodios dignos de Cervantes o Lope») y de su obra—requiere hoy una nueva lectura muy cuidadosa y un estudio histórico de su medio para recrear este ambiente y este tan novelesco personaje, tareas que hace un tiempo han empezado a ser encaradas [3] y que continuarán otros ensayistas interesados en el tema y en el conocimiento vivo de la época.—*FELIX GABRIEL FLORES (Avda. Río Bamba, 466. CORDOBA. Argentina).*

LOS VOCABLOS "ARBITRIO" Y "ARBITRISTA" EN EL NUEVO MUNDO

Quizá el título despierte ciertas inquietudes, ya que el problema de los arbitristas no ha salido todavía de sus fronteras. Intentamos, en este artículo, señalar algunas observaciones acerca del uso del vocablo *arbitrio* y *arbitrista* en la América hispana.

Para analizar los diferentes significados es necesario remontarse al primer *Diccionario de la lengua española* (1611), pues Sebastián de Covarrubias explicaba ya la complejidad en su uso y en su significado. Se detiene a señalar el sentido peyorativo:

> Y otras vezes arbitrio vale tanto como parecer que uno da; y el dia de oy ase estrechado a sinificar una cosa bien perjudicial, que es dar traças como sacar dineros y destruyr el Reyno [1].

Algo después aparece otra acepción derivada de *arbitrio* que define a las personas que los dan, es decir, los *arbitristas*. Hoy día sabemos que fueron intelectuales preocupados por los problemas económicos y polí-

[3] «Luis de Tejeda, el precursor», por OSCAR CAEIRO (*Criterio*, Buenos Aires, 12-8-71), y «Luis de Tejeda y el paisaje de Córdoba», por GASPAR PÍO DEL CORRO (*Revista de Humanidades*, Córdoba, julio de 1973).

[1] SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua española* (Madrid, 1611; reed., Barcelona, 1943); v. Arbitrio y Alvedrío.